

Atiq Rahimi

La balada del cálamo

Traducción del francés de
Regina López Muñoz

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Al principio...	15
Mi primer pecado	23
Errancia y soledad	30
Jatt, el trazo	35
Mother India	37
En otra parte	40
Matrika	42
Origen ausente	44
El duelo	48
¡Vete!	53

Aliento y alarido	57
Yo soy	62
Álif de Adam, ha de Hawá	68
Eros	74
Tánatos	76
Solo soy una letra	81
La llave perdida de los sueños	83
Tinta, luz, errancia...	86
La galería de los cuerpos	91
Letras de espíritu	96
Letras en la arena	99
La poética de lo invisible	104
Un ganso, portador de letras	107
Calimorfa	110
Letras del cuerpo	113
El ser profano	116

La mujer calimórfica	120
Doce movimientos para inacabar	123
<i>Agradecimientos</i>	157
<i>Referencias</i>	159
<i>Índice de calimorfías</i>	163

*Para R. K.,
que lleva dentro mi tierra natal*

«Aquello que no eres es un autorretrato».

GEORG BASELITZ

Al principio...

Es de noche.

Y el verbo sigue estando ausente.

Esto me crea una extraña sensación, una angustia quizá, la de alcanzar el abismo de un espacio-tiempo donde confluyen soledad y deseo, como el estado de esos dioses engullidos por los tormentos de la nada anterior a la Creación.

Me encuentro en mi estudio,
un territorio íntimo al que se retiran mis deseos inconclusos;

escritorio por momentos, donde se registran silenciosamente mis sueños y pesadillas antes de transformarse en recuerdos remotos, volátiles.

Ante mí, en la pared, una galería de fotos y reproducciones pictóricas que presentan seres detenidos en su errancia. Cuerpos desterrados, perseguidos, perdidos...

El exilio es dejar atrás el propio cuerpo, decía Ovidio.

Y con el cuerpo, las palabras, los secretos, los gestos, la mirada, la alegría...

Esas imágenes, que reúno y cuelgo desde hace un año, conforman un mosaico de rostros y cuerpos —conocidos

o desconocidos, imaginarios o no—, todos, como yo, condenados por la Historia a la incertidumbre del exilio. Cada mirada suspendida es una novela; cada paso perdido, un destino. Esos seres migratorios, extraviados en los márgenes de la tierra, suspendidos en la nebulosa espiral del tiempo, observan mi búsqueda desesperada de palabras, de alientos, con el fin de poder describir sus sueños, narrar sus periplos, trasladar sus gritos...

El desastre, que los expulsó de su tierra natal, rechaza darse un nombre... Censura la voz, ahuyenta las palabras.

La palabra vaga sin rumbo.

Y el libro, su tierra prometida, se niega a acogerla.

Estas imágenes del desastre poseen el poder asfixiante de una cicatriz que reaviva, cuando la miramos, el dolor que sentimos en el momento de la herida. Una sensación extraña, imposible de expresar mediante adjetivos y adverbios. Abandona la pantalla de mi ordenador vacío. Tan vacío como mi cráneo.

Contemplo las fotos y los cuadros como mis propias cicatrices.

*Condenado al ostracismo como ellos,
tengo el mismo pasado,
la misma suerte incierta,
las mismas heridas...*

Y sin embargo falta una imagen aquí, en la pared. Que atormenta mi espíritu vagabundo. Una imagen, una sola. La de una extensión desierta, cubierta de nieve, un espacio suspendido en el tiempo; un momento decisivo en mi vida que

cuento siempre, en todas partes. Infatigablemente. Y cada vez tengo la sensación de relatarlo por vez primera, cuando en realidad vuelvo a masticarlo con los mismos vocablos, las mismas frases, los mismos detalles... Es mi salmo.

Esa imagen me sigue dondequiera que vaya, incluso aquí, esta noche, en mi estudio, como una hoja en blanco que yaciera ante mí, encima de mi escritorio. Su blancura refleja el *vacuum* de mi existencia proscrita; es la expresión de mi *experiencia original* del exilio:

*Era de noche, una noche fría. Sorda.
Lo único que oía era el ruido afelpado de mis
pasos helados sobre la nieve.
Huía de la guerra, soñando con otra parte, con
una vida mejor.
Silencioso, ansioso, me acercaba a una frontera
con la esperanza de que el terror y el
sufrimiento me perdieran la pista.
En la frontera, quien me ayudaba a pasar me
dijo que echara un último vistazo a mi tierra
natal. Me detuve y miré hacia atrás: solo vi una
extensión de nieve con las huellas de mis pasos.
Y al otro lado de la frontera, un desierto
semejante a una hoja de papel virgen.
Sin rastro alguno. Me dije que el exilio era eso,
una página en blanco que habría que llenar.
Una extraña sensación se apoderó de mí.
Insondable. No me atrevía a avanzar ni a
retroceder.
¡Pero había que marcharse!
Nada más cruzar la frontera, el vacío me*

*absorbió. Es el vértigo del exilio, murmuré para
mis adentros más profundos.*

*Ya no tenía ni mi tierra bajo los pies,
ni a mi familia entre los brazos,
ni mi identidad en las alforjas.*

Nada.

Y aquí estoy, treinta años más tarde, agotado, todavía ante esta página en blanco. ¿Cómo trazar mi vida en ella? No soy capaz. Hace meses que me encerré en este estudio para escribir este libro sobre el exilio.

Imposible.

La angustia.

Una angustia ritual, inmutable; una prueba excitante y lacerante, que sufro a cada instante en que me pongo a escribir. Siempre la misma historia, como si fuera mi primer libro, como si franqueara por primera vez una frontera, abandonando una tierra por otra, una vida por otra, un amor por otro...

Mi errancia es eterna.

Mi angustia, igual.

Mi mano, tan temblorosa como mis pasos al cruzar las fronteras, se apodera de pronto de una pluma metálica, se desliza sobre el papel virgen, dibuja con inseguridad un trazo, torpemente vertical.



En un primer momento no se parece a ninguna letra, a ninguna forma, ¡a nada!

Salvo...

seguramente,

... al primer trazo que esboza un niño, como para revelar la primera letra de la primera escritura que la humanidad supo trazar. Oigo a Rabindranath Tagore, gran poeta indio, dirigirse a ese niño:

*Has venido para escribir las historias nunca
acabadas de nuestros padres en la escritura
oculta de las páginas de nuestro destino...*

*Resucitas los decorados olvidados para formar
nuevas imágenes...*

Ese trazo me devuelve a mi niñez, a mis primeros años de escuela en Kabul, a mi eterna angustia ante una tablilla de

madera, pintada de negro, vacía como el universo antes del Verbo.

Mis dedos pequeños y temblorosos apretaban el cálamo de cuya punta goteaba una tiza líquida, blanca, que despedía un tenue olor a cal. Aguardaba, como todos mis compañeros, el grito trémulo del maestro de caligrafía:

Álif!

Luego nos pedía que trazáramos un círculo del que la letra álif constituiría el diámetro; como el eje que une los dos polos de la esfera terrestre, precisaba el maestro.

Mientras nos afanábamos en ejecutar bien sus instrucciones, el maestro continuaba, sin preocuparse por nuestra edad o nuestra capacidad para comprenderlo. ¡O tal vez fuera yo quien no entendía nada! Hoy, aquí, mientras escribo, rememoro esos instantes, pienso en lo que el maestro podría habernos dicho. Podría haber repetido lo que se sabía de memoria desde su infancia, lo que su propio maestro podría habernos dicho:

Álif, vocal larga, fonema /a/, es la primera letra del alfabeto árabe impuesto a nuestra lengua, el persa, hace más de doce siglos. El ilustre poeta y calígrafo iraquí Ibn Muqla (886-940) fue el primero en codificar las letras y determinar sus proporciones, y definió la álif como la «letra modelo», la medida de las demás letras.

Luego nos dejaba entregados a caligrafiar la álif en las tablillas y se retiraba a un rincón del aula, cerca de la venta-

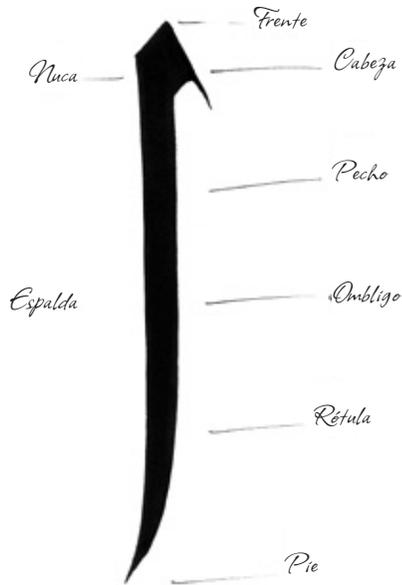
na, para exponer su cuerpo frágil a los rayos del sol primaveral. Tras quitarse el gorro de astracán, recitaba, a través de su barba gris, un poema que soy incapaz de recordar. Tal vez estos versos de Hafez fueran una de las figuras mayores de la poesía persa del siglo XIV:

*Sobre la tabla de mi corazón
aparece solo la álif de talle esbelto de mi amada.
¿Qué hacer? Mi maestro no me enseñó
otras letras.*

También nos pedía, esto sí que lo recuerdo, que escribiéramos *álif* dos veces en cada línea, luego tres, y que todas fueran idénticas, del mismo tamaño, la misma densidad, el mismo movimiento... Yo fallaba constantemente, como hoy en día. Nunca he sabido delinear trazos bien rectos, verticales, idénticos. Siempre se inclinaban ligeramente a la derecha, o se arqueaban un poco, o presentaban distintas proporciones.

¡Atención! Es una letra sagrada. Bajo ningún concepto puede uno jugar con ella, trazarla de cualquier manera, escribirla en cualquier parte, desecharla... *¡Pues por álif comienza el nombre de Alá!*

Una letra divina, sí, pero dotada de las partes corporales del hombre.



Por lo tanto, yo imaginaba a Dios como un hombre blanco, alto, flaco, en pie sobre el fondo del cielo nocturno (¿por qué no tumbado? ¡Basta con cambiar el punto de vista!), pero dotado de un movimiento imperceptible. Me decía que Él, Alá, debía dormir durante el día, dejando su lugar al sol, y que de noche regresaba para velar nuestro descanso y vigilar nuestros sueños...

Pero...,

entonces...,

¿de dónde venían mis pesadillas?